

## ¿QUÉ ES *PUENTES ENTRE TRINCHERAS*?

Antonio Fábregas  
*Universidad de Tromsø*

Todo ente consciente que realmente esté vivo, con el paso del tiempo, cambia y adapta su comportamiento buscando nuevas formas de crecer, o al menos debería ser así. Como editor jefe de *Borealis*, quiero creer que esta revista es también un ente consciente –al menos, vicariamente consciente a través de la consciencia de su comité editorial, sus revisores y sus autores–; por lo tanto, también *Borealis* debe cambiar, adaptar su comportamiento y encontrar nuevas formas de crecer. Por este motivo, y coincidiendo con el décimo aniversario de la revista, tengo el placer de presentar una nueva sección, atípica y hasta donde se me alcanza genuinamente original dentro de las revistas científicas, a la que hemos llamado *Puentes entre trincheras*.

El objetivo de esta sección es permitir un debate real, sin límites de espacio o de turno de réplica, entre investigadores que pertenecen a distintas afiliaciones teóricas y que parten de premisas no necesariamente compatibles entre sí, acerca de cuestiones fundacionales de la teoría lingüística. *Borealis* propone un tema a dos investigadores que han tratado problemas similares y, cada uno en su marco teórico, han obtenido resultados sólidos e influyentes y les propone debatir directamente sobre esas mismas cuestiones, destacando tanto las ventajas que encuentran en su marco teórico para enfrentarse a ese problema como los puntos de acuerdo que, por encima de las teorías individuales, tienen con los resultados de otras teorías. La revista les permite conducir el debate entre ellos de la forma que vean más oportuna, con la única condición de que prime el respeto científico entre ambos. Esta descripción de *Puentes entre trincheras*, me temo, no permite apreciar con suficiente claridad la originalidad y –espero– trascendencia que tiene incluir una sección de este tipo dentro de una revista científica de corte tradicional. El resto de este texto trata de permitir al lector hacerse una idea mejor de qué tiene de especial *Puentes entre trincheras*.

El nombre de la sección es una metáfora que trata de capturar la doble naturaleza que tiene como vehículo para permitir presentar cada teoría de forma más clara –la trinchera– y a la vez establecer un diálogo que permita destacar qué hallazgos comunes emergen por encima de cada visión teórica y cómo se pueden afrontar los puntos de desacuerdo –el puente–. Las distintas adscripciones teóricas funcionan a menudo como trincheras en las que los investigadores de una escuela permanecen aislados de los investigadores de otra escuela, que están en la trinchera de enfrente. Aunque ninguno de nosotros haya estado en Verdún en 1916, tal vez hayamos visto las fotos: los soldados de un bando conviven dentro de la trinchera con los miembros de su mismo ejército, comparten rancho y con frecuencia se intercambian pertrechos. Los soldados de un bando se identifican entre sí porque llevan un mismo uniforme, y además porque siguen más o menos al pie de la letra las órdenes de su general, o en su defecto, de su coronel, capitán, teniente, brigada o sargento. La relación con la trinchera contraria, que

© Antonio Fábregas. *Borealis: An International Journal of Hispanic Linguistics*, 2021, 10 / 1. pp. i-iv.  
<https://doi.org/10.7557/1.10.1.5815>

This is an Open Access Article distributed under the terms of the Creative Commons Attribution License (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/legalcode>) which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original work is properly cited.



igualmente cuenta con sus generales, sus capitanes y sus brigadas, y que se distingue con un uniforme diferente, es ocasional, naturalmente agresiva y busca neutralizar la trinchera contraria, para hacerse con una parte más del campo.

Hay muchos paralelismos que podrían hacerse entre esta imagen y la práctica de investigación en lingüística actual, al igual que algunas diferencias obvias que casi siempre dejan en mejor lugar a los lingüistas que a los soldados. Es obvio que la naturaleza de cualquier escuela científica, y por tanto también cualquier escuela lingüística, es la de neutralizar las trincheras contrarias, esencialmente porque una teoría científica trata de proporcionar una explicación integral de su campo en la que cualquier concesión a una explicación alternativa y no integrable se ve como un fracaso de la propia teoría. También es obvio que cada teoría tiene a sus generales, sus tenientes e incluso sus sargentos y cabos, y esto es tan obvio que dar nombres sería una estupidez. Donde el paralelismo se rompe es en la naturaleza y la frecuencia de las interacciones entre los dos bandos, y no siempre de forma positiva para el lingüista: si bien esas interacciones no suelen ser de naturaleza violenta, son sin duda menos frecuentes de lo que uno desearía entre colegas que deberían colaborar en el propósito común de entender la naturaleza del lenguaje humano. Esas interacciones entre escuelas se dan de vez en cuando en algunos congresos de naturaleza más general, y a veces también en distintos encuentros temáticos, pero esto cada vez con menor frecuencia, y no porque falten encuentros científicos, sino porque cada vez es más habitual que esos encuentros o congresos se definan no por un problema o dominio empírico, sino por una cuestión teórica que de manera necesaria ya preconditiona la escuela a la que pertenecen los investigadores que deciden enviar una comunicación. Por cada congreso o encuentro celebrado que se define por un dominio empírico –por ejemplo, lengua de signos, lenguas de herencia, derivación morfológica, vocales temáticas o estructura silábica– hay un número cada vez mayor de congresos que se definen por una cuestión teórica, la evaluación de una teoría determinada o la combinación entre axiomas teóricos y problemas empíricos –por ejemplo, la naturaleza de las raíces como elementos acategoriales, las alternativas posibles a la cartografía sintáctica, la geometría de rasgos, la representación de exponentes alomórficos, etc.–. Los congresos definen de antemano, muy a menudo, a qué clase de investigadores se están dirigiendo a través de qué ponentes invitados van a participar o cómo se definen las preguntas de investigación que se espera discutir en las contribuciones aceptadas.

He comenzado hablando de los congresos y encuentros científicos porque es en ellos donde en principio uno espera que se den esos debates entre trincheras de los que hablaba al principio. La situación no es mejor, sino de hecho peor, cuando consideramos los resultados escritos de investigación. En los encuentros científicos a menudo se publican actas, sea usando ese nombre o sea bajo otros nombres que ocultan el criterio real con el que se compilan precisamente esos trabajos y no otros dentro del volumen. Cuando el congreso es más general, es frecuente que participen dentro del mismo volumen investigadores de distintas tendencias teóricas, pero cada uno habla de un tema distinto, lo cual hace difícil tener una medida exacta de en qué sentido esas teorías son coincidentes o divergentes, o de dónde se encuentran las ventajas que tiene una por encima de la otra. Cuando el encuentro científico no estaba centrado en un problema empírico y los participantes ya estaban filtrados inicialmente por sus intereses teóricos, es frecuente que sí se establezca un diálogo entre los artículos que lo componen, pero ese diálogo es interno a una teoría y suele centrarse en cuestiones técnicas o de menor alcance –debates que, en último término, podrían darse dentro de una trinchera cuando se trata de acordar qué se le va a regalar al brigada por su cumpleaños, pero que interesan relativamente poco a la trinchera contraria, porque lo que se decida allí no es

trasladable al otro campo—. Para que un debate entre trincheras suceda realmente se requiere un esfuerzo adicional del editor del volumen, que antes fue organizador del evento científico y tuvo que seleccionar previamente a los participantes para asegurarse de que vinieran de distintas trincheras, a veces de distintos frentes; además, ese editor tuvo que hacerles llegar los trabajos de los otros contribuyentes y en algunos casos les pidió explícitamente, incluso, que incorporaran a su artículo alguna valoración sobre la postura defendida por los demás participantes. Evitaré dar ejemplos de casos que, en mi opinión, pertenecen a cada una de estas categorías de volúmenes o actas, porque ninguno de esos tipos de publicación tienen el mismo objetivo que esta sección y hacer un donoso escrutinio no tendría ningún sentido.

Luego tenemos el amplio mercado de manuales sobre temas monográficos que, cada vez con mayor frecuencia y especificidad en sus temas, se publican anualmente. En ellos es ciertamente frecuente, sobre todo en los primeros capítulos, que se encarguen contribuciones paralelas a distintos investigadores, cada uno representante de una de las principales teorías actuales, para que presenten la visión general que sobre ese problema tiene su aproximación teórica. Normalmente, cada uno de esos artículos presenta una única visión, si acaso con variaciones técnicas internas a cada teoría, de manera que tiene que ser el propio lector el que haga el trabajo comparativo que extraiga de la globalidad de los capítulos las ideas que pueden entenderse ya como resultados de consenso, independientes de la teoría y los diferencie de los puntos de conflicto que existen aún; aunque sea mucho pedir, a veces es posible incluso reconstruir mentalmente qué problemas considera una teoría pero no otra que ya están resueltos. A veces el editor hace parte de este trabajo en una introducción, pero no suele suceder que un capítulo del bando A entre en diálogo con un capítulo del bando B para darle al lector suficientes detalles de por qué cada bando ha tomado una decisión concreta o qué ventajas e inconvenientes ven en el bando opuesto.

Si dejamos de un lado ahora los volúmenes editados para pasar a las revistas, la situación no cambia demasiado, pese a que en principio la periodicidad de una revista debería favorecer el debate. Es cierto que muchas revistas cuentan con una sección de réplicas cuya naturaleza debería ser justamente la de entablar un diálogo. No obstante, ese diálogo está muy limitado, al menos por tres factores. El primero es que nada garantiza que esa réplica vaya a ser publicada; en tanto que somos seres humanos, todos tenemos ciertos sesgos cognitivos que pueden hacernos evaluar más negativamente un trabajo que contradice nuestras expectativas teóricas y que exige un esfuerzo adicional para reconocer como excelente lo que dice alguien con quien no hemos estado nunca en la misma trinchera. La segunda limitación es la variable temporal: al ritmo de publicación de una buena revista con alto impacto, pueden pasar fácilmente tres años entre que un trabajo es enviado por primera vez y que sea dado al público siquiera en versión electrónica, por lo que en 2021 podemos conocer por primera vez una réplica a un estudio originalmente publicado en 2018 o incluso antes. La tercera y última limitación, tal vez la más grave, es que es infrecuente que el autor del texto original vuelva a replicar a su contrincante, y cuando lo hace vuelve a pasar un tiempo tan dilatado que el lector tiene que hacer un auténtico trabajo de zapa para localizar todos los elementos de dicho debate, desperdigados a lo largo de varios volúmenes.

Esos debates, cuando se dan, además, no tienen por qué aparecer ni siquiera en los mismos canales de publicación. Todos tenemos en mente controversias lingüísticas recientes y clásicas sobre temas tan variados como los límites entre pasivas y copulativas, la naturaleza del SE en las lenguas romances o qué clases de relaciones se dan entre las construcciones de doble objeto y de dativo preposicional; todas ellas se fueron armando a lo largo del tiempo en una gran diversidad de canales de publicación:

tal o cual revista, un capítulo dentro de un volumen, una monografía donde se le dedicaban algunas páginas, un manual, tal vez incluso una contribución que circula como manuscrito inédito en algunos círculos.

Llegamos así a la metáfora del puente, que se complementa con la trinchera dentro de esta sección. Hemos mencionado antes las trincheras de Verdún en 1916, donde había dos bandos irreconciliables que solo interactuaban entre ellos para lanzarse disparos, pero también procede hablar de lo que sucedió en el frente occidental en las navidades de 1914. Durante esas navidades, y para evidente disgusto de los generales, tenientes y aún sargentos de ambos bandos, cerca de cien mil soldados alemanes, franceses y británicos decidieron darse una tregua y confraternizar en el terreno que mediaba entre las dos trincheras; intercambiaron tabaco, alcohol y regalos representativos de cada una de sus regiones, e incluso ofrecieron misas comunes en conmemoración de los caídos de las dos trincheras. Aquello duró poco, y se prohibió tajantemente con gran velocidad, pero eso también debería suceder cuando se vive dentro de una trinchera: de vez en cuando hace falta salir del hoyo y tomarse un café con el enemigo.

Esta sección quiere vivir dentro de esa tierra de nadie donde se dictan treguas sin tener en cuenta la opinión de los generales. Al contrario que una sección de replies, el debate se establece dentro del mismo volumen y no existen limitaciones en cuántas réplicas se quieren hacer; al contrario que un volumen monográfico, cada autor tiene acceso al texto de su colega y el tema es en sí mismo el debate; al contrario que en unas actas de congreso o un volumen monográfico que surja de un encuentro científico estándar, el debate tiene que ver con cuestiones fundacionales de la teoría lingüística que son relevantes por encima de preocupaciones técnicas específicas de un solo marco, por lo que la discusión debe poder iluminar problemas que preocupan a cualquier investigador de la lengua, sea cual sea su adscripción.

Termino ya, esperando haber explicado por qué *Puentes entre trincheras* es distinta de otras secciones que pueden conocer en otras revistas. Pero antes de callarme quiero aclarar una cosa: la idea de esta sección, y su nombre, con esa metáfora que he usado para justificarla, no es mía. Esta es una idea original de Ignacio Bosque que es quien, como suele suceder tantas veces, fue capaz de ver más allá de lo que hacemos habitualmente para encontrar algo aprovechable y que puede proyectarse hacia el futuro. Es posible incluso fechar exactamente cuándo me hizo Ignacio Bosque esta propuesta: en la celebración del *Simposio de la Sociedad Española de Lingüística* en Madrid en enero de 2015. Yo me he limitado a implementarla como mejor he sabido, y, como suele suceder, de forma imperfecta. Sin embargo, es gracias a Ignacio Bosque que esta sección existe, y por ese mismo motivo es también natural que se inaugure precisamente con un debate en el que él mismo está involucrado.

Antonio Fábregas  
Departamento de lengua y cultura  
Facultad de humanidades, ciencias sociales y pedagogía  
Universidad de Tromsø  
Hansine Hansensveg, 9037, Tromsø  
antonio.fabregas@uit.no